

## La justicia y el cambio climático abrupto

Nigel Clark

University of Lancaster

Traducción parcial, por Irina López Rodríguez y Gabriela Méndez Cota, del capítulo 5, 'Justice and Abrupt Climate Change', de Clark, N. (2011) *Inhuman Nature. Sociable Life on a Dynamic Planet*. London: Sage, 107-136.

(...)

En el contexto del cambio climático antropogénico, presto atención a lo que Gayatri Spivak denomina 'la visión quizá imposible de un mundo ecológicamente justo' (1999: 382) y me pregunto qué significa, para el concepto de justicia, vivir en un planeta con dinámicas de suyo complejas. Como sugerí en la introducción, en relación con el cambio climático la justicia comporta una demanda paradójica. Distribuir responsabilidades por el cambio climático nos exige distinguir el impacto humano del resto de los 'factores' del clima. Sólo a partir de esa distinción podría comenzar a hacerse significativa la tarea de desglosar los distintos componentes históricos, geográficos o socioeconómicos de la huella humana, desglose a su vez necesario para calcular quién es responsable de qué y cuáles reparaciones son posibles. Empero, tal y como sugieren las actuales investigaciones científicas sobre las trayectorias no lineales y las propiedades emergentes de los sistemas terrestres, desenmarañar de manera concluyente los factores determinantes del clima mundial parece un objetivo cada vez más lejano de cumplir.

En particular, la noción de punto-de-no-retorno [*tipping point*], que se refiere al umbral más allá del cual el cambio climático viraría irreversiblemente hacia un régimen climático alternativo, hace estragos en los conceptos de causalidad de los que dependen las definiciones convencionales de justicia. Una vez concedemos que existen efectos desproporcionados con respecto a cualquier causa, y que tales desproporciones son inherentes a la forma en que opera el clima con o sin intervención humana, comienza a hundirse y deslizarse el terreno en el que podría tener lugar una rendición de cuentas equitativa [*equitable accounting*]. Se hacen así visibles procesos dinámicos que exceden, potencialmente, el alcance de lo disputable y de la negociación social, y que se resisten a cualquier posibilidad de hacerse de otro modo o incluso de conocerse fiablemente.

(...)

¿Qué hemos de hacer, entonces, con un cambio climático *abrupto*? Desplazar el foco del debate y de la deliberación, aunque sea parcialmente, hacia algo distinto del impacto humano sobre el clima, parecería arriesgarse a coquetear con los ‘escépticos’ o negacionistas. Invitaría a la acusación de estar del lado de quienes prefieren ‘despolitizar’ el cambio medioambiental global. Sin embargo, ahora que la investigación académica, la divulgación científica y el cine de Hollywood se han abierto a la idea de transiciones súbitas en los sistemas climáticos, el asunto mismo difícilmente va a retroceder. Con las debidas precauciones respecto a la toma de decisiones en escenarios de incertidumbre radical, mi apuesta es que debemos confrontar la realidad pasada de los cruces de umbrales climáticos, y su probabilidad futura. También es que debemos tratar de fabular historias que nos ayuden a

impulsar la tesis del cambio climático *abrupto* en la dirección de buscar ‘un mundo ecológicamente justo’, en lugar de renunciar a esa búsqueda en beneficio de intereses más mezquinos.

Habiéndome inspirado en el pensamiento de Jacques Derrida sobre la tensión entre un sentido programático de justicia y un sentido más bien ‘abierto’, he optado por trabajar en favor de lo segundo, es decir, de un sentido amplio de justicia medioambiental que se las vea con acontecimientos que exceden la rendición de cuentas, tanto como la anticipación. Más directamente, tomo como punto de partida aquello que sugerí en el capítulo 1 respecto a la inspiración del propio Derrida en lo que toca a los sistemas abiertos, a saber, la noción de Georges Bataille de una economía ‘en la escala del universo’. De una manera casi única entre los pensadores sociales, Bataille sitúa la energía en el núcleo de su teoría de la vida terrestre e imagina la verdadera comunidad humana como una extensión de la energía tumultuosa y excesiva del sol. Bataille ofrece pistas provocadoras para pensar una sociabilidad de la vida más allá de los intercambios medidos y proporcionados que solemos asociar a unas relaciones sociales justas y ordenadas, para hacer frente a las convulsiones de la propia Tierra.

De este modo, Bataille nos coloca en el camino de pensar una justicia medioambiental exorbitante e ‘imposible’ que no se ve amenazada por fuerzas que escapan a la disposición humana (o incluso terrestre) tanto como se ve impulsada y estimulada por las energías violentas del cosmos. Aunque todo esto puede parecer, por excesivo, algo inaplicable en el mundo real, puede que no sea en absoluto así, puesto que con esta noción de justicia medioambiental ya se vislumbra en el horizonte una

réplica contra-económica a las estratagemas parsimoniosas e instrumentales que prevalecen actualmente en las mesas de negociación climática. Y esa réplica no surge, necesariamente, en los lugares esperados.

### **La divisa universal del cambio climático**

Hubo una época en la que algunos ecologistas radicales vieron con suspicacia las prácticas de cuantificación y de cálculo, las cuales equipararon con aquellas formas empobrecidas de racionalidad que, de acuerdo con su diagnóstico, causaron la crisis medioambiental en primer lugar. Y aún antes, en un estilo similar de crítica cultural, Max Weber imputó la responsabilidad por el desencantamiento del mundo a la ‘conducta económica racional’, anticipando el avance de esta conducta por el paisaje moderno hasta ‘que se quemó la última tonelada de carbón fosilizado’ (1976 [1930]: 27, 181; Clark y Stephenson, 2003). Hoy, en todo el espectro político y cultural, son pocos los que rechazan que el problema del cambio climático antropogénico demanda una aritmética prodigiosa: una contabilización que fusione las complejidades exorbitantes de la modelización climática, con una auditoría no menos abrumadora de la actividad humana pasada y presente. Y existe un amplio consenso de que mucho depende de cómo hagamos esta contabilidad. Como plantea Tim Flannery: ‘nunca en la historia de la humanidad ha habido un análisis coste-beneficio que exija mayor escrutinio’ (2005: 170).

Los más clamorosos partidarios de las cifras emitidas por las últimas previsiones científicas y económicas son, hoy por hoy, los comentaristas más críticos. Por poner un ejemplo reciente, Mike Davis (2008) cita los hallazgos de

un estudio de William Cline, del *Petersen Institute for International Economics*, sobre las repercusiones regionales del cambio climático previstas en la agricultura a lo largo de las últimas décadas de este siglo:

La mayoría de los modelos climáticos proyectan repercusiones que reforzarán de forma insólita la actual geografía de la desigualdad [...]. Incluso en las simulaciones más optimistas, es probable que los sistemas agrícolas de Pakistán (se prevé una disminución del 20% de la producción agrícola actual) y el noroeste de la India (una disminución del 30%) queden devastados, junto con gran parte de Oriente Medio, el Magreb, el cinturón del Sahel, el sur de África, el Caribe y México. Veintinueve países en vías de desarrollo disminuirán el 20% o más de su producción agrícola actual a causa del calentamiento global, mientras que la agricultura en el norte, ya de por sí rica, probablemente recibirá, en promedio, un aumento del 8% (Davis, 2008; Cline, 2007).

El uso que hace Davis de las estadísticas pretende evidenciar la probable exacerbación de las desigualdades, ya de por sí crueles, en la distribución mundial de las oportunidades y la vulnerabilidad. En otra lectura, es una forma de lidiar con el proyecto de la modernidad en sus propios términos –una táctica para volver contra sí mismos los presupuestos más preciados de dicho proyecto. Pese a todos los obstáculos a los que se enfrenta, la idea de que los beneficios de la modernización deberían en última instancia estar al alcance de todos, así como el derecho a la autodeterminación nacional, son expresiones profundamente arraigadas del impulso universalizante de la modernidad (Batty & Gray, 1996;

Roberts & Parks, 2007: 61-2). Esto lo saben las partes de cada mesa de negociación sobre el cambio climático, y cada una sabe que las demás lo saben. Esto significa que, por mucho que los debates sobre el cambio climático se hayan centrado en cuestiones científicas, nunca ha estado lejos de ellos la cuestión de la justicia social.

Por supuesto, todas las tendencias del activismo político son conscientes de la maleabilidad de los axiomas modernos. Sin embargo, la posibilidad de que a las generaciones futuras les sean negadas oportunidades básicas disponibles para las generaciones actuales, de que a algunos Estados-nación se les impida seguir caminos de desarrollo antes emprendidos por otros, o de que las oportunidades de vida de algunas partes del planeta se vean gravemente constreñidas por las actividades humanas en otras es tal que no puede condonarla ningún actor serio de la escena política mundial. ‘Evitar un cambio climático peligroso’ y ‘nivelar el juego internacional’, en lo que respecta al reparto de los costes y beneficios de un cambio climático considerado tolerable, se han convertido en aspectos efectivamente inseparables del mismo problema. O, como planteó Bruno Latour, se ha desvanecido la distinción entre representar cosas y representar personas: la controversia científica se ha entremezclado firmemente con el debate político (2003: 33; 2004: 71).

Como cabe esperar, precisamente la cuestión de cómo enfrentarse a estos desafíos suscita respuestas divergentes. Desde la promoción del desarrollo sostenible en el Informe Brundtland, pasando por la recomendación del Protocolo de Kioto de que los países industrializados asuman el liderazgo en la reducción de emisiones de gases de efecto invernadero, a la vez que asisten a los países

menos industrializados a adoptar vías alternativas de desarrollo, hasta el endeble compromiso de Copenhague con la cooperación internacional relevante, las principales iniciativas de gobernanza medioambiental global han tratado de reconciliar la justicia socioeconómica con la posibilidad de evitar un cambio climático irrevocable, todo ello mientras se sigue creyendo en la posibilidad de un crecimiento económico ilimitado.

Mientras tanto, algunas voces discrepantes han subrayan la inviabilidad de tales ecuaciones. Resalta, en este sentido, el principio de contracción y convergencia de Aubrey Meyer (2000), que busca la equidad global por medio de reducciones drásticas en las emisiones de los países industrializados. De manera análoga, el concepto de deuda ecológica impulsado por Andrew Simms (2005) exige la plena compensación por las desigualdades históricas entre el Norte y el Sur Global en el uso de los recursos energéticos y atmosféricos del planeta (Roberts & Parks, 2007: 163-6). Otros reclaman ya reparaciones por el peligro en que el cambio climático pone a su tierra y sus medios de subsistencia. Contra la fe en la incesante expansión económica, tales propuestas demuestran un compromiso todavía más firme con reconciliar la nivelación de las emisiones con la nivelación socioeconómica en el 'campo del juego' global.

Más que cualquier posición política específica es la estrecha relación del imperativo de evitar la catástrofe con la búsqueda aparente de justicia y equidad lo que está empujando las políticas relativas al cambio climático en la dirección de unidades generalizables de valor. Con su aspiración común a la universalidad, la ciencia moderna, la economía moderna y los sistemas jurídico-políticos modernos se empeñan en identificar puntos de referencia

aplicables en cualquier lugar, en cualquier momento y a cualquier persona. Consignadas en tablas periódicas, códigos genéticos, patrones de oro, declaraciones de derechos humanos, etcétera, tales puntos de referencia siguen estando relativamente adscritas a campos determinados—cada uno buscando su propia fundamentación, su propia garantía —todos los cuales sueñan, no obstante, con descubrir algún tipo de ‘equivalencia general’ que uniría a todos los signos y objetos del mundo. La pretensión de universalidad y la fantasía de una unidad todavía más profunda son precisamente lo que, hace varias décadas, los teóricos posmodernos habían arrojado al trecho de los desperdicios de la historia. El fin de la naturaleza, la profusión de sistemas de valores en competencia, la sobreproducción radical y la promiscuidad de signos y objetos habían ya conspirado, supuestamente, para clausurar la búsqueda de una ley única y coherente del valor (Baudrillard, 1993).

Pero en medio del intento de evitar un caos climático global, se reafirma con osadía la demanda moderna de un sistema de valores comprensivo. Solo que esta vez se pide que la divisa universal abarque las esferas de la ciencia, la economía, lo político y lo jurídico, de tal modo que se refleje el profundo e inédito enredamiento [*entanglement*] entre la exigencia normativa de justicia y el imperativo práctico-cognitivo de asegurar las condiciones físicas de la supervivencia humana. Se busca una medida común para cimentar el vínculo entre la representación de las cosas y las personas. Abanderado favorablemente en los documentos de política internacional y en los boletines corporativos, tanto como en las playeras de los anti-ecologistas, se encuentra el



contundente pronunciamiento: 'el carbono: la nueva divisa' (Victor & House, 2004; Delay 2007).

(...)

Lo que sustenta la aparición del carbono como divisa universal o significativa de valor es el uso convergente de los niveles de dióxido de carbono como objeto de derechos territoriales por un lado y, por otro lado, como medida de salud medioambiental planetaria. Y este uso convergente aplica incluso antes de considerar la controvertida transformación del derecho a emitir dióxido de carbono en una mercancía comercializable que de hecho ya se perfila como la forma dominante de mediar entre los imperativos de justicia social global y la necesidad de estabilizar los niveles de gases de efecto invernadero. Ya sea o no que se otorgue legalmente, se venda, se regale, se herede o incluso se robe, lo que sustenta la idea de la aplicabilidad universal del derecho a usar y emitir carbono es la suposición de una equivalencia fundamental de unidades. Sea cual sea la forma en que decidamos distribuir las, una parte por millón de dióxido de carbono en el último glaciar del Pleistoceno es comparable a una parte por millón de CO<sub>2</sub> en el presente, una tonelada china de carbono equivale a una tonelada estadounidense, y una partícula procedente de un bosque en llamas es proporcional a la emitida por una central eléctrica de carbón. Es ahí, sin embargo, donde empieza a aparecer la grieta en el edificio normativo y cognitivo de la divisa común del carbono. Lo que está en juego se hizo patente en un concurso recientemente organizado por activistas medioambientales del Reino Unido para refutar la creciente popularidad de los esquemas de comercio de derechos de emisión:

A veces, en los intentos bienintencionados de poner precio a los recursos naturales, puede escapárenos la visión de conjunto. Así que, para conectar a nuestros políticos con la realidad antes de que sea demasiado tarde, nos ha surgido una pregunta. Y nos gustaría saber qué piensa usted. La *New Economics Foundation* se ha asociado con *The Ecologist* para organizar un concurso de ensayos. La pregunta es: "¿Cómo poner precio a la tonelada extra de carbono que, una vez quemada, inclina la balanza y desencadena un calentamiento global potencialmente catastrófico e irreversible?" (NEF 2009).

Es una buena pregunta. En sus permutaciones más amplias, esta provocación nos remite a la crítica de Jean Baudrillard al principio de equivalencia general. La idea de una ley general de valores equivalentes e intercambiables pertenece, según argumentaba Baudrillard, principalmente a una civilización que produce objetos, imágenes o signos en series idénticas (1993: 55-57). Se trata de un orden simbólico ligado a la experiencia material de la producción industrial y, como tal, está estrechamente asociado con la acumulación lineal, con la 'reproductibilidad indefinida' que se manifiesta en los avances ininterrumpidos, paso a paso, de la producción económica, el conocimiento y cualquier otro sistema de valor. Pero así es como se presenta la realidad, insiste Baudrillard: solo desde dentro de los predicados de una determinada fase u orden de signos. Esto no significa necesariamente que el mundo funcione así.

Como veremos en breve, la misma ciencia moderna se está haciendo a la idea de que la mayor parte del mundo físico no opera de forma que las causas sean proporcionales a

los efectos, donde una unidad más de entrada genere una unidad más de salida. Más bien, la ciencia apunta a una realidad material en la que emitir una tonelada de dióxido de carbono mañana puede tener consecuencias totalmente distintas a emitir ayer una tonelada: un mundo que no se rige por reglas de equivalencia universal. Para ser justos, casi todos los involucrados en las negociaciones sobre el clima lo saben hasta cierto punto. Al fin y al cabo, esto es lo que implica la existencia de niveles peligrosos de cambio climático; es lo que confiere su temible carga a la idea de un umbral de concentración de dióxido de carbono en la atmósfera terrestre. Y es por eso que la incertidumbre es uno de los conceptos utilizados con mayor frecuencia en el campo de la investigación y la estrategia climáticas.

Ahora bien, la grieta abierta por la 'no equivalencia' no solo traza su camino a través del actual compromiso con los mercados de carbono. Atraviesa todos los intentos de distribuir equitativamente el uso del carbono. Perfila también el deseo de repartir equitativamente los costos y beneficios de la producción industrial, de emparejar el campo del juego económico global, de alcanzar la justicia y la equidad en cualquier contexto social. Anticipándose a Baudrillard (y, como veremos, a Bataille), Nietzsche estuvo atento a las circunstancias específicas bajo las cuales opera el concepto de justicia. 'La justicia (*fairness*) se origina entre poderes aproximadamente iguales', observó, 'el carácter inicial de la justicia es el intercambio [...], la justicia es retribución e intercambio en el supuesto de posiciones de fuerza aproximadamente iguales' (1994 [1878]: 64).

En este sentido, ya sea en la ley o en la economía, un sistema de justicia requiere visibilidad y calculabilidad:

presupone un contexto en el que siempre hay ya un entendimiento mutuo, en el que todos los participantes pueden evaluar el resultado de una transacción antes y después de que tenga lugar (Diprose, 2002: 28-31). En otras palabras, la justicia moderna presupone un sistema cerrado, en el que no se permite entrar en el circuito a nada que sea demasiado diferente o extraño para ser ponderado y asimismo, nada sale por el otro extremo que no se haya previsto o que no se pueda contabilizar. Y de este modo, la justicia se sustenta a sí misma al rechazar o excluir cualquier cosa que exceda su rango predeterminado de entradas y salidas aceptables: ella '(...) existe como tal marcándose a sí misma desde un 'exterior' hacia el que es hostil' (Diprose, 2002: 33).

En un capítulo precedente nos encontramos ya con sucesos que desbordaban lo que las comunidades o los individuos atrapados en ellos podían saber o procesar de antemano: sucesos 'asimétricos' que exigen respuestas más allá de la evaluación de lo que las personas afectadas 'merecen' a cambio por su sufrimiento. Me propongo argumentar que el cambio climático comparte características importantes con ese tipo de 'turbulencias' en el modo en que desborda el presupuesto 'simétrico' de la justicia, a saber, el de 'un cuerpo social de fuerzas iguales y armoniosas' (Diprose, 2002: 33). Cómo y por qué la inestabilidad climática desborda las convenciones modernas de la justicia son cuestiones que nos obligan a examinar más de cerca en la ciencia de la climatología, y especialmente, en su creciente preocupación por los puntos de inflexión, los umbrales y las transformaciones abruptas.

## **Pensar a través de los umbrales**

Parece más válida que nunca la observación de Ulrich Beck de que 'la nuestra es la era de la menor causa posible para la mayor destrucción posible' (1995: 4). Pero la climatología y otras ciencias de la complejidad sugieren algo mucho más general. Debido a la naturaleza misma de los efectos de retroalimentación [*feedback loops*] en los sistemas complejos, la idea de que un pequeño estímulo puede dar lugar a una gran transformación se presenta más como una condición ontológica que como característica de una época histórica o un modo de desarrollo tecnológico concretos. En apenas unos cuantos años, la idea de un punto de no retorno, una juntura más allá de la cual el clima se sacude hacia un estado significativamente distinto, se ha convertido en uno de los conceptos clave en la comprensión científica, política y popular del cambio medioambiental (Giddens, 2009: 25-27, 108).

Si bien los reportes oficiales del Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático siguen centrándose en buena medida en las transiciones graduales, expertos de alto nivel como James Hansen, de la NASA, y James Lovelock, teórico de Gaia, han venido formulando ideas provocadoras sobre la inminencia de sobrepasar el umbral hacia un cambio climático desenfrenado (Pearce, 2006: 15; Lovelock, 2006: 51). Puede ser polémica la identificación de los niveles de 500 partes por millón de dióxido de carbono atmosférico como el borde de un cambio climático peligroso (Hansen y sus colegas sugieren 300-350 ppm como un límite superior más seguro, algo por debajo del nivel actual de 387 ppm [Hansen *et al.*, 2008]), pero ha ayudado a posicionar la idea de una transformación abrupta en lugar de gradual. Sin embargo,

al igual que otros acontecimientos físicos turbulentos que han sido objeto de este libro, el cambio climático abrupto es parte del pasado tanto como del futuro. Espera río arriba y río debajo de donde nos encontramos ahora. Y esto lo convierte en una previsión de dimensiones impactantes e impensables, así sea un aspecto ordinario de la historia de nuestra Tierra.

La climatología nos dice que los últimos 10,000 años, que abarcan el periodo interglaciar conocido como Holoceno, han sido un periodo de estabilidad climática excepcional, una anomalía cálida y tranquila en una época que, por lo demás, ha sido en gran medida glacial (Burroughs, 2005: 54). Salir de este interludio acogedor es caer en un precipicio. Entre 12,800 y 11,500 años atrás, en medio de la tendencia al calor interglaciar, se produjo un retorno súbito a las condiciones de la Edad de Hielo, conocido por los paleoclimatólogos como el suceso de *Younger Dryas* (Alley, 2000: 4). Como señalé en la introducción, lo que ha sorprendido a los climatólogos sobre este episodio y otros similares es la rapidez con la que se transformaron entonces las temperaturas globales: años en lugar de siglos o milenios. Remontándonos unos miles de años más atrás, este tipo de oscilación climática salvaje aparece como la norma y no como la excepción durante cientos de miles, y quizás millones de años.

Y esto significa que casi todos los logros de la humanidad que nos son familiares están marcados por la anomalía y la provisionalidad. 'La civilización surgió durante un extraordinario verano largo', observa el antropólogo Brian Fagan. 'Todavía no sabemos cuándo ni cómo acabará ese verano' (2004: 25). Aunque los últimos datos de los núcleos de hielo polar apuntan a un interglaciar más largo que el nuestro, hace unos 400,000 años, las evidencias

continúan sugiriendo que no deberíamos contar con que persistan las condiciones actuales. Como resume el climatólogo Richard Alley: 'el intervalo de estabilidad actual es uno de los más largos de los que se haya tenido constancia. Es probable que la naturaleza, por lo tanto, ponga fin a nuestro clima amigable, y quizás lo haga muy pronto' (2000: 4).

El mensaje de la investigación geoquímica y paleomedioambiental reciente es, básicamente, que el clima de la Tierra de suyo atraviesa transiciones críticas de vez en cuando, en múltiples escalas espaciales y temporales (Burroughs, 2001: 1-3). De hecho, ahora se entiende que el clima cambia constantemente en casi todas las escalas temporales concebibles: hay sacudidas, trepidaciones, ondas cortas, ondas largas, 'ciclos dentro de ciclos dentro de ciclos' (Macdougall, 2004: 197; Burroughs 2001: 1). Esto implica a la climatología en el giro más general de las ciencias hacia el estudio de los sistemas complejos, y en particular, en la creciente comprensión de la dinámica no lineal de los sistemas con más de un 'estado' o 'régimen' (Urry, 2005; Clark, 2000, 2005). Por medio de los estudios de campo y modelos computacionales, las ciencias de la complejidad han desentrañado algunas de las formas en que los sistemas físicos complejos, en virtud de sus densos circuitos de retroalimentación, son capaces de absorber presiones de cambio manteniendo su estado actual. Esto significa que un motor importante del cambio climático podría permanecer latente durante siglos, milenios o más antes de surtir efectos. Pero la otra cara de esta no linealidad es que, una vez rebasado cierto umbral, la transformación tendería a ser rápida, imparable e irreversible.

Una vez alcanzado este ‘punto de no retorno’, la retroalimentación opera en sentido inverso, amplificando el impacto de los estímulos, y potencialmente efectuando una transición abrupta hacia un nuevo régimen (Scheffer et al., 2001). Se han documentado exhaustivamente estos ‘cambios repentinos y drásticos hacia un estado contrastante’ en numerosos sistemas del mundo real, desde lagos eutrofizados hasta la colonización por algas de arrecifes de coral (Scheffer, *et al.* 2001: 591). Como señala Alley, en relación con el clima global, ‘a veces un pequeño empujón ha hecho que el clima cambie un poco, pero otras veces, un pequeño empujón ha hecho que el sistema climático de la Tierra cambie a un modo de funcionamiento completamente diferente’ (2000: 13; Broecker, 1987). Aunque sigue siendo notablemente difícil identificar la proximidad de un umbral crítico, la investigación actual sugiere que hay señales de alerta temprana, como el ‘parpadeo’ a alta velocidad entre modos alternativos, tal y como se observó en el final abrupto del frío período del *Younger Dryas* (así como en contextos tan diferentes que van desde el fin de un glacial al instante de inicio de un ataque epiléptico humano) (Scheffer *et al.*, 2009).

A raíz de la investigación sobre los cambios no lineales en los subsistemas de la Tierra, ha habido un giro desde el énfasis en un trastorno climático colosal hacia una comprensión más matizada de los ‘elementos de inflexión’ que abarca otras posibilidades, como las pequeñas perturbaciones que dan lugar a cambios importantes pero graduales (Lenton *et al.*, 2008). Esto, sin embargo, no resta en lo absoluto gravedad al intento de identificar sistemas vulnerables a la transición de umbrales, de evaluar su estado actual y las consecuencias de forzarlos más allá de estados críticos. Incluso cuando la investigación se



restringe a los elementos susceptibles que tienen el potencial de cambiar de régimen en el presente siglo, la lista es considerable: entre ellos, la extinción de la selva amazónica y del bosque boreal, cambios significativos en el monzón y en la Oscilación del Sur 'El Niño', la desestabilización de la capa de hielo de la Antártida Occidental, la fusión de la capa de hielo de Groenlandia y los cambios en la circulación de aguas profundas del Atlántico. Tras una importante revisión internacional de los riesgos que plantea una gama de umbrales críticos, el climatólogo Tim Lenton y sus colegas llegaron a las siguientes conclusiones:

La sociedad puede dejarse arrullar por una falsa sensación de seguridad ante proyecciones reconfortantes del cambio global. Nuestra síntesis de los conocimientos actuales sugiere que diversos elementos de inflexión podrían alcanzar su punto crítico en este siglo bajo un cambio climático antropogénico. Las mayores amenazas se ciernen sobre el hielo marino del Ártico y la capa de hielo de Groenlandia, y al menos otros cinco elementos podrían sorprendernos al revelar un punto-de-no-retorno ya cercano. Este conocimiento debería influir en la política climática... (Lenton *et al.*, 2008: 1792).

Con la sobriedad característica de la prosa científica, este mensaje enuncia implicaciones aterradoras para las poblaciones humanas y otras formas de vida biológica. Acerca de los impactos en el monzón de verano indio, el reporte sencillamente plantea: 'sequía, disminución de la capacidad de carga' y, para el deshielo de Groenlandia, 'aumento del nivel del mar de 2 a 7 metros' (Lenton, *et al.*, 2008: 1788). Este es el tipo de escenarios abreviados que

los escritores de divulgación científica están más que dispuestos a explicar a quienes quieren saber cómo sería vivir un cambio medioambiental a gran escala, rápido y en cascada (Pearce, 2006; Lynas, 2008).

Tal y como demostraron Isabelle Stengers y otras practicantes de las Humanidades que han entrado en diálogo con las ciencias de la complejidad, la idea de la inestabilidad inherente a los sistemas complejos tiene consecuencias para la forma en que concebimos la agencia humana. En el contexto del cambio climático, sin embargo, estas consecuencias no son en absoluto precisas. El hecho de que la ‘fuerza’ humana parezca tener hoy el potencial de empujar subsistemas geofísicos vitales, y el clima global en general, a un estado radicalmente distinto parece más bien situar la agencia humana en el centro de la escena, hasta el punto de que algunas investigaciones científicas postulan la transición a una nueva época geológica apodada el ‘Antropoceno’ (Crutzen, 2002; Davis, 2008).

Por otra parte, cada uno de los elementos de inflexión explorados por el equipo de Lenton y otros teóricos del umbral climático se manifiestan como posibilidades reales y tangibles solo porque las transiciones en cuestión han tenido lugar muchas veces en el pasado de la Tierra. Ellas encajan todas dentro de los parámetros operativos normales de nuestro planeta y sus subsistemas. Así pues, aunque ahora la atención esté en los sistemas ‘accesibles’ al impacto humano, la comprensión actual de la inestabilidad inherente al clima global y a los sistemas físicos conexos apunta a una propensión al cambio repentino y significativo que es inherente a la realidad física, independientemente de las intervenciones humanas.

Según esta lógica, las emisiones antropogénicas son tan solo uno entre una gran cantidad de posibles factores desencadenantes –lo cual, a los seres humanos, nos aleja mucho de ser únicos o especiales, por crucial que sea nuestra responsabilidad en esta coyuntura particular. Además, nos remite a lo que apuntaba Stengers en relación con el cambio ambiental antropogénico: ‘desde el punto de vista de la larga historia de la Tierra, este sería un “acontecimiento contingente”, uno más en una inmensa serie’ (2000: 145). Como han sugerido algunos científicos, el clima mundial podría estar ya ‘naturalmente’ cerca de un punto-de-no-retorno, lo que desde luego amplificaría drásticamente la significatividad de la actividad humana. También existe la posibilidad de que el impacto humano haya acercado los sistemas climáticos a un umbral cuyo empujón final podría derivar en un forzamiento no-humano imprevisible, como una erupción volcánica a gran escala (Zillman, 2005: 20).

Incluso esto último presenta complicaciones, pues crece el consenso científico de que el cambio climático – antropogénico y de otro tipo– influye en otros fenómenos geológicos ‘extremos’. Al reorganizar la distribución global del agua y el hielo, los cambios climáticos pueden alterar significativamente la carga sobre la corteza terrestre, sumándose a las tensiones y presiones ya existentes, y aumentando así la probabilidad de que se produzcan erupciones volcánicas, terremotos y deslizamientos submarinos (Burroughs, 2001: 117). Por otro lado, un gran aumento de los efluvios volcánicos en la atmósfera podría ser una forma ‘natural’ de contrarrestar el calentamiento global, al menos temporalmente, aunque de un modo quizás devastador para la vida humana (McGuire, 2006).

Mi argumento no pretende cuestionar la relevancia de la agencia humana. Si existe actualmente una controversia en la que valga la pena detenerse, ya no es la de la presencia o ausencia de la huella humana en el clima global. Es en cambio la de si es más probable que la fuerza antropogénica derive en un cambio climático gradual o en uno no lineal. Mi punto es que aceptar la profunda importancia de la intervención humana en los sistemas terrestres no equivale lisa y llanamente a atribuirle valores, o al menos no valores que cumplan los requisitos de reconocimiento universal e intercambiabilidad, o 'equivalencia general', como los que exigen las convenciones de justicia. Tal y como lo previó la socióloga Barbara Adam hace más de una década y media, el cambio no lineal en relación con el cambio climático y otros cambios medioambientales da lugar a 'un alto grado de desajuste entre marcos temporales' (1993: 406). Ya se trate de retrasos espaciotemporales notables en la aparición de efectos de la acción humana, o de consecuencias abruptas y descontroladas de estímulos relativamente pequeños, el resultado es una colosal desproporción entre la causa y el efecto. Causación asimétrica, en otras palabras.

De manera más general, puesto que la Tierra –y todos sus subsistemas físicos constitutivos– está constantemente en transformación creativa y emergente, no se sostienen los tipos de causalidad asociados con sistemas o cuerpos que se presuponen compuestos de 'fuerzas equitativas y armoniosas'. Dado que el conjunto total de elementos humanos y no-humanos conforma efectivamente un sistema global complejo, con su propia dinámica interna y sus propiedades emergentes, parecen destinadas a seguir siendo limitadas las convenciones de aislar agentes causales específicos y medir su contribución al cambio

general. Como explican Silvio Funtowicz y Jerome Ravetz: 'precisamente por la interpenetración de las diversas dimensiones del sistema complejo emergente que (en retrospectiva) es el desastre a punto de ocurrir, puede ser difícil asignar la responsabilidad o la culpa del suceso' (1994: 577).

De modo que existe un sentido en el que, estrictamente hablando, 'la frase "inducido por el ser humano" carece de significado científico' en el contexto del cambio climático global (Watson, *et al.*, citado en Lohmann, 2005: 213). Al mismo tiempo, no deja de ser un imperativo de justicia social y medioambiental que nos comprometamos a las atribuciones de causalidad –con todos los medios de que dispongamos. Pues al no asignar valores a la causa y al efecto no podemos siquiera empezar la tarea de calcular costos y beneficios, o bien, por tanto, reparaciones por la explotación geopolíticamente desigual de los recursos de la Tierra. Este es el *impasse* necesario, y sin embargo imposible, que los filósofos llaman 'aporía'.

### **Afrontar el cataclismo**

Como bien observa Latour, la filosofía política moderna no se formó considerando la gobernanza del mar, el cielo y el clima (2004: 204). Así tampoco las instituciones internacionales reunidas en décadas recientes para administrar el 'calentamiento' global fueron convocadas con miras a un cambio climático abrupto o no lineal. Las y los científicos preocupados por los umbrales climáticos tienen sus propias ideas de por qué los principales órganos reguladores, como la *Framework Convention on Climate Change*, por lo general han 'subestimado' la posibilidad de un cambio abrupto. En particular, han señalado que la mayoría de los modelos climáticos existentes se han

inclinado a representar procesos complejos clave de maneras uniforme o lineales, lo cual ha reducido la sensibilidad de las simulaciones a los cruces de umbrales. También han puntualizado que el imperativo de identificar la antropogénesis del clima distrae del panorama general de la causación natural del cambio abrupto (Alley et al, 2003).

Es en este tipo de contextos que resulta especialmente útil el constructivismo de la ciencia social. Demeritt (2001) ha trazado hábilmente los 'circuitos de retroalimentación' que vinculan la formulación de preguntas de investigación a los intereses tecnocráticos que predominan en la regulación internacional. Sugiere que, en sus continuas interacciones con los hacedores de esa regulación, a muchas y muchos científicos se les ha exhortado, de manera sutil pero notable, a orientar sus investigaciones a aquellos aspectos del cambio climático más susceptibles de ser gestionados. En consecuencia, se ha subestimado de forma sistemática el potencial de 'sorpresas' o sucesos extremos (2001: 325-6).

Seguramente nos ayudaría una comprensión más reflexiva de la producción y difusión del conocimiento especializado, como propone Demeritt. Pero hay situaciones en las que el propio 'discurso reflexivo' se mueve demasiado rápido para cerrar lo que más bien podría dejarse abierto y, así, en términos de Foucault, 'corre el riesgo de llevar de vuelta la experiencia del exterior a la dimensión de la interioridad' (1987: 21). Debemos enfatizar que la sujeción a imperativos políticos puede ser frustrante y dolorosa para los científicos que han asumido una fidelidad al acontecimiento del cambio climático abrupto o no lineal. Podemos añadir que para muchas y muchos climatólogos ha sido fuente de asombro

y angustia su propio ‘desenterramiento’ de los signos del cambio climático abrupto. Como resume William Calvin: ‘(...) fueron, sin temor a exagerar, una de las mayores conmociones científicas de la última década’ (2002: 225-6).

(...)

Demeritt (2001) mostró cómo se ha soslayado la probabilidad de eventos climáticos extremos con el afán de perpetuar abordajes gerencialistas o tecnocráticos del cambio climático. Una década más tarde añadimos que la planificación de escenarios –como el *Abrupt Climate Change Report* que yuxtapone, sin más, perspectivas devastadoras y prometedoras –también puede servir para hacer políticamente aceptables posibilidades que, de otro modo, resultarían alarmantes, y en ese gesto difuminar sus implicaciones radicales. Por otra parte, se ha argumentado que imaginar ‘el fin prematuro del mundo en un Armagedón climático’ anula la posibilidad de una política genuina al desviar la atención hacia un horizonte de sucesos que está demasiado lejos del aquí y ahora de la disputa política efectiva (Swyngedouw, 2007). Y, además, que encuadrar los problemas globales en términos de la inminencia de una catástrofe también sirve para cortocircuitar el debido proceso político al instalar una atmósfera de emergencia en la que nunca hay tiempo suficiente para la consulta y la negociación colectivas. Como ha argumentado Melinda Cooper, esta respuesta preventiva y despolitizadora al riesgo biológico también se está desplegando en relación con la amenaza emergente de una catástrofe climática global (2006: 125-126).

La acusación de despolitización es la respuesta típica del pensamiento crítico a aquello que desaprueba, y quizá

también a los sucesos del mundo en el que lucha por ganar terreno. Es revelador, entonces, que en varios contextos en los que la amenaza de un cambio climático abrupto al mismo tiempo se resalta y se minimiza, se acerca y se aleja de la conversación, ambos gestos se interpreten tan fácilmente como maniobras despolitizantes. Ello puede a su vez interpretarse como señal de una saludable vigilancia crítica del pensamiento social y político ante el surgimiento de una cuestión importante. Habría que tener cuidado, sin embargo, pues hay un riesgo bastante real de enviar mensajes ambivalentes y poco alentadores hacia las y los científicos que se juegan la carrera, si no la vida, al informar sobre la posibilidad del cambio climático no lineal. Quizás el punto a enfatizar aquí sea que no son sólo los ‘intereses creados’ los que se esfuerzan por desarrollar respuestas apropiadas a la probabilidad creciente de cambios catastróficos en los sistemas terrestres. Muchos pensadores progresistas o radicales también se encuentran en una posición incómoda cuando se trata de cualquier tipo de fidelidad a un acontecimiento que amenaza con socavar los fundamentos mismos de la justicia social global en los que, comprensiblemente, descansa su lealtad.

### **Economía y política en escala del universo**

He venido argumentando que el descubrimiento de la alta variabilidad y precariedad inherentes al clima terrestre nos confronta, inevitablemente, con fuerzas que preceden a – y exceden– cualquier medida concebible de presencia humana en este planeta. De entre las formas que se presenta la asimetría entre lo humano y lo natural que expuse en el primer capítulo, esta es una de las más profundas. En el proceso de valorar el alcance del impacto humano sobre la Tierra, nos damos cuenta de que nuestro



planeta natal es capaz de seguir su turbulenta trayectoria con o sin nosotros, y de que, por el contrario, nuestra permanencia sería muy frágil en ausencia de las condiciones climáticas de que dependemos.

¿Qué implica, entonces, para un abordaje político del cambio climático abrupto, el descubrimiento de que los acontecimientos climáticos actuales no son sino parte de una larga serie de sucesos que, además, ocurrieron antes de que fuéramos modernos e incluso antes de que fuéramos humanos? De los estudios de la ciencia hemos aprendido que no puede haber una ruta directa y segura entre los pronunciamientos científicos sobre el cambio climático y una posición o programa político, lo cual no parece ya una gran revelación cuando los propios científicos admiten su incertidumbre sobre las trayectorias que tomará el clima. Para Latour, como hemos visto, el cambio climático es un acontecimiento híbrido integrado por una serie de componentes humanos, tecnológicos y físicos. El clima global sería ahora un experimento en tiempo real cuyo resultado sigue sin estar claro, y para hacernos responsables de él tendríamos que aprender a tratar la política también como un experimento colectivo (2003: 31). En nuestras manos quedaría trabajar juntos para decidir cómo y por qué importa el cambio climático, como parte del esfuerzo colectivo por constituir –con toda clase de ingredientes humanos y más que humanos– el tipo de mundo en común en donde queremos vivir. Esto nos colocaría en una ‘curva de aprendizaje’ muy pronunciada, que ‘deriva su virtud de ser a la vez un programa de investigación productivo, una cultura política dinámica, una economía próspera, una moral escrupulosa e incómoda y un procedimiento bien documentado’ (Latour, 2004: 206).

Hasta donde sé, Latour todavía no considera las transiciones climáticas del pasado cuya comprensión es clave para nuestro futuro a decir de los climatólogos. Y aunque por lo general se muestre dispuesto a conceder que seguirán tomando por sorpresa a la humanidad ciertos elementos internos o externos a sus colectivos bien ordenados (2004: 25, 197), pareciera haber un límite a la capacidad de desconcertarnos que le concede a tales perturbaciones. Tal y como sugerí en el segundo capítulo, si aceptamos la afirmación de Latour sobre la capacidad de agentes no humanos para ensamblar mundos (o biosferas, o planetas, o sistemas solares), deberíamos asimismo reconocerles la capacidad de descomponerse, quebrarse, o de otra manera reensamblar aquello que previamente han ensamblado. En este sentido, los anteriores episodios de cambio climático abrupto –la ‘larga serie’ de catástrofes– pueden ser vistos como manifestaciones de tal capacidad no humana de recomposición autónoma. Científicos, periodistas, activistas y cinematógrafos ya han puesto estas eventualidades sobre la mesa, e incluso dentro de nuestros colectivos. Ya se han instalado en la asamblea los puntos-de-no-retorno y el cambio global catastrófico cambio. Son oficialmente cuestiones de interés, a la vez potencialmente cataclísmicos y parte de la historia ordinaria de ser humanos, de ser terrícolas.

Nos guste o no, la cuestión del cambio climático plantea el problema de las energías, los ritmos y las periodicidades que preceden o exceden cualquier dimensión humana. Reconocer esto activa una falla profunda en las definiciones convencionales de la política, que Latour tiene dificultades para acomodar con sus estiramientos y pliegues de lo no humano. ¿Qué pasaría si tomáramos este abismo como punto de partida, junto con las consideraciones políticas más meticulosas y medidas, si

partiéramos de una naturaleza que en buena medida se encuentra más allá de nuestra 'jurisdicción' e incluso más allá de nuestra comprensión? ¿Y qué si, en realidad, las cuestiones más urgentes a las que se enfrenta el pensamiento político contemporáneo fueran precisamente aquello que el pensamiento crítico tiende a asociar con tendencias despolitizantes?

Si bien puede resultar sorprendente la provocación climática, no hay nada nuevo en la tarea de analizar y transformar la vida colectiva desde el punto de vista de la implicación humana en un cosmos en el que no se tiene prácticamente ninguna influencia. Como lo señalé en el capítulo 1, para Georges Bataille la única manera de entender este predicamento humano, con sus logros y desafíos, es pensar en términos de 'una economía en escala del universo'. No solo la existencia política, cultural y económica quedaría vinculada al flujo extra-terrestre de energía solar, sino que resultaríamos estar siempre a merced de fuerzas inherentemente volátiles y tumultuosas. De lo que nos ofrece Bataille muy poco parece compatible, en lo inmediato, con las arquitecturas sociopolíticas cuidadosamente elaboradas por Latour. En cambio, Bataille nos ofrece un exuberante cúmulo de reflexiones acerca de cómo habitar bien [*dwelling well*] un planeta que periódicamente revoca las condiciones de un habitar seguro.

Como vimos arriba, ya hacia finales del siglo diecinueve Nietzsche había cuestionado la idea de valores anclados en nociones de equivalencia, y ponía la energía solar como ejemplo de una ética alternativa. El sol, argumentaba Nietzsche, desafía cualquier modelo de simetría o reciprocidad al bañar la tierra con calor y luz incesantemente, sin solicitar nada a cambio (1969, 1ª

1883: 39). A mediados del siglo siguiente, Bataille retomó la idea de que la tierra y todas sus criaturas captan un exceso de energía solar, y la convirtió en el núcleo de su teoría social (Bataille, 1991: 28). 'Bataille no es la última palabra en nada', declara Allan Stoekl, 'pero es raro –de hecho, único– entre los pensadores del siglo XX, en el sentido de que puso cualquier energía al frente de su pensamiento sobre la sociedad' (2007: XIII).

Lo importante de Bataille no es solamente que 'contabilizara' el papel de la energía en la vida humana y en otras formas de vida, sino su afirmación de que los totales nunca cuadran y su búsqueda audaz de las implicaciones de la apertura estructural de los sistemas. Dado que el flujo solar siempre derrama más energía de la que necesitamos nosotros u otros seres vivos, el principal problema de la existencia terrestre no es, como han imaginado todos los teóricos de las 'economías restringidas', cómo hacerse cargo de la escasez. Para Bataille, el problema es más bien qué hacer con el exceso de energía, con la proliferación de cosas vivas y de fuerzas productivas que engendra ese exceso (1991: 29). El capitalismo industrial es, en este sentido, especialmente problemático en la medida en que ha intentado sistemáticamente cerrar el circuito; es decir, ha intentado reincorporar sus productos en el sistema como ingresos, en un proceso constante de reinversión y de acumulación ampliada. Como Bataille refirió con precisión: el capitalismo 'ha convertido el mundo entero en un colosal barril de pólvora' (1993: 427-428).

Bataille no abordó explícitamente el asunto del impacto, en el clima global, de una humanidad abocada a la explotación industrial de la biomasa fósil. Lo que sí entendió es que la Tierra tiene límites físicos y que, cuando

el crecimiento excede esos límites, ha de producirse algún tipo de muerte-retrodirigida [*die-back*] o de agotamiento terminal. En este sentido, Bataille no está tan lejos, como a veces parece, de las tesis ambientalistas sobre los 'límites del crecimiento'. Para él, hay 'exceso' precisamente porque los flujos y las acumulaciones desbordan los límites reales que los 'cuerpos' existentes – como nuestro planeta esférico– presentan a la acumulación de energía, vida o capacidades productivas. Donde Bataille difiere de los discursos ambientalistas y económicos sobre la sustentabilidad es en lo que toca a lo que habría que hacer. Difiere por su reconocimiento de que la acumulación explosiva y los estallidos de inestabilidad son inherentes al universo, y no meras consecuencias de una gestión desatinada de la materia y la energía disponibles.

Como podríamos decirlo ahora, Bataille es un profeta de los sistemas abiertos y complejos, sistemas que no se asientan en un estado de equilibrio. Esto significa que la vida social humana no puede contentarse con la moderación, con una gestión juiciosa y cuidadosa de los recursos. No podemos confinarnos ni en el reciclaje perpetuo con el que sueñan los ecologistas radicales, ni en la circularidad aumentada cara a los economistas modernos que convierten cada circuito en una curva de crecimiento en espiral. Si a lo largo de la obra de Bataille resuena la noción vitalista de una corriente de vida vasta y generativa, de igual importancia resulta notar su insistencia en que toda materia y toda energía está abocada a agotarse en un gasto inútil, y no generativo. El glorioso resplandor de las estrellas no sería ante todo una fuente de energía vital, sino un gasto puro e inútil (Land, 1992: XVIII; Pefanis, 1991: 17).

Nos guste o no, la especie humana y otras formas de vida están condenadas a participar tanto en la acumulación como en la explosión periódica de la materia-energía. Todas las economías con estrategias de acumulación se verán obligadas, tarde o temprano, a deshacerse de lo que han acumulado. Bataille no vivió para ver la frenética cultura del *shopping*, que en una lectura superficial parecería seguir sus orientaciones sobre el consumo inútil, pero de haber vivido para verlo habría notado, rápidamente, que con el *shopping* se acumula más pólvora en el barril (Stoekl, 2007: 58). No podemos simplemente acelerar el ciclo que convierte el consumo en más producción. Pero tampoco podemos resucitar el tipo de moderación y acaparamiento que, como reconoció Weber, nos metió en el aprieto de la acumulación en primer lugar. Debemos inventar nuevas formas de gastar.

No solo es asunto de 'producción'. Si el mundo no gira en círculos perfectos ni cada curva ascendente acaba describiendo un desastre, entonces cualquier esfuerzo humano organizado será tan propenso a la irrupción y la interrupción como nuestras actividades estrictamente 'económicas'. Si todos los intercambios, obligaciones y contratos remiten, en última instancia, al resplandor no recíproco del sol, entonces toda transacción exitosa lleva la huella de lo exorbitante y lo ilimitado (Land, 1992: 33). Debajo de toda equivalencia, de toda utilidad, de toda certeza, está el abismo de las energías profundas del cosmos: la ley, el conocimiento, y toda conducta social ordenada, no proporcionan más que una defensa provisional contra la insurrección de los elementos (Stoekl, 2007: 25). Aunque Bataille afirme que no tiene nada contra de la justicia per se, si la justicia se limita a la paridad y la ecuanimidad entonces irá contra la temeridad y la prodigalidad necesarias para hacer frente, en sus

propios términos, a un cosmos desmesurado (1991: 20). Cuando 'el suelo sobre el que vivimos es poco más que un campo de destrucciones múltiples' (23), el gran proyecto de nivelar el terreno de juego mundial sólo puede provocar más catástrofes.

El teórico de Gaia James Lovelock dedujo que Mercurio y Venus estaban desprovistos de vida, sin necesidad de visitar su superficie, simplemente observando el lúgubre equilibrio de sus atmósferas (1987: 6-7). Así también, sin necesidad de un amplio análisis de coste-beneficio, Bataille pudo haber dicho a los administradores de la actual crisis climática que sus sumas nunca cuadrarán, y ello con base en su sentido del desequilibrio energético de la Tierra. Sin esperar a que Kioto o Copenhague colapsaran bajo el peso de sus propios esfuerzos por delimitar, cuantificar y mercantilizar el ciclo del carbono, muy probablemente habría apuntado que ampliar radicalmente la estrategia que había acumulado toda la presión en primer lugar era una forma bastante inverosímil de abrir una válvula de seguridad.

### **Clima catastrófico y generosidad abisal**

Bataille es tan poeta y provocador como diagnosta. No ofrece nada parecido al intento de Latour de establecer y entretrejer las funciones básicas de un colectivo funcional, y es bien sabido que su propio intento de constituir el tipo de comunidad que deseaba –con una lógica sacrificial – quedó en la nada. Además, como advierte Jean Baudrillard, debemos ser tan cautelosos ante la naturalización de un cosmos prodigioso y explosivo como lo fue Bataille ante la tendencia del economista moderno (o del ambientalista) a recurrir a un cosmos parsimonioso y circulatorio (1993: 157-158).

La línea puede ser fina, pero sostengo que hay una diferencia entre apostar por comprender cómo funciona el mundo (y comprometerse con los desafíos que supone para la vida social un modelo o una ontología específica), por un lado y, por otro emplear las leyes de la naturaleza como una autorización de determinados acuerdos sociales o posiciones políticas. Indudablemente, Bataille oscila entre un lado y otro de esa difusa división, pero el *quid* de su visión es el planteamiento de un problema, sin dictar una respuesta. Después de todo, somos libres de ignorar la acumulación de energía y dejar que nos tomen por sorpresa vastas conflagraciones. También somos libres de desencadenar nuestros arsenales acumulados de forma cruel, egoísta o suicida, como decía un teórico que escribía en las sombras de la carrera armamentística nuclear durante la Guerra Fría. La idea de que podemos consumir o derrochar un excedente de forma ‘generosa’ es solo una de varias opciones.

¡Pero vaya posibilidad! Si Bataille exagera, si atiza las energías implacables del universo para favorecer su propia obsesión, es porque su idea de una descarga magnánima y no utilitaria de la riqueza tiene muy pocos precedentes en el pensamiento moderno occidental. Los verdaderos dones, insiste, llegan desde más allá del circuito cerrado del intercambio y del cálculo, y no esperan un retorno (1993: 370-371). Tales gestos son una continuidad de la energía exorbitante del sol, una perpetuación de la monstruosa efusión de energía solar, a una escala más íntima. ‘Vivir’, entona Bataille, ‘no solo significa para ti el flujo y el juego fugaz de las luces que se unen en ti, sino el paso de calidez o luminosidad de un ser a otro’ – recuperando un extracto ya citado en el tercer capítulo – (1988: 94). Los paroxismos de generosidad acompañan la



corriente tumultuosa del mundo, operando en el mismo terreno discontinuo e inmoderado. Impiden la acumulación peligrosa de energía o de potencial productivo, aunque no deliberadamente sino como el efecto secundario y fortuito de actos que valen la pena por sí mismos. Y de ese modo—incidental, secreto, jubiloso—el don subvierte la lógica de lo cerrado y la acumulación.

Tras décadas de una estudiada evasión de lo que Bataille puede contribuir al ambientalismo, Allan Stoekl propuso recientemente tomar en serio la idea de que una eliminación gloriosa y gratuita de las riquezas acumuladas podría ofrecer alivio al actual predicamento ecológico:

Igual que en *The Accursed Share*, donde la supervivencia del planeta será la consecuencia imprevista y no intencionada de un donar (gasto energético) orientado no a la acumulación de armas sino al derroche (donación) de la riqueza, también en el futuro podemos plantear la sustentabilidad como el efecto no intencionado de una política del don (2007: 142).

A su modo, esto no es más paradójico que la afirmación de que el proyecto moderno de hacer de la vida algo seguro, predecible y transparente allana el camino al desastre (una idea que une a la Escuela de Frankfurt, Bataille y Ulrich Beck). Tampoco es tan extraño, como pudiera parecer, a la política contemporánea del cambio climático.

Es difícil decir en qué punto la más exigente búsqueda de justicia medioambiental o energética, o las más avanzadas simulaciones del clima terrestre, empiezan a inclinarse a algo otro, más allá de la cuantificación. En afinidad con Bataille respecto a los límites del conocimiento, Kathryn Yusoff habla de una modelización del clima global tan

compleja y abarcadora que empieza a revelar sus propios excesos: una Tierra digital que funciona como un ‘modelo en constante evolución (...), un organismo continuo de cambio, ajuste y reconfiguración’ (2009: 1013). Desorden gratuito, dicho de otro modo, que germina en el esfuerzo por dar sentido al mundo. Por otra parte, si echamos un segundo vistazo a algunos de los intentos más acuciosos de distribuir responsabilidades y enmendar el cambio climático global, también parecen arriesgarse a bordear el umbral de lo calculable y caer en insondables abismos.

El principio de contracción y convergencia de Aubrey Meyer, aunque descansa en la absoluta equidad de todas las personas del planeta en lo que toca al derecho de emitir carbono, en la práctica exige una reducción drástica del uso de energía no renovable por parte de las poblaciones más industrializadas. Aún más extrema es la concepción de Andrew Simms del cambio climático como la expresión de una ‘deuda ecológica’ que solo podría abordarse mediante un acuerdo entre el Norte y el Sur que de revierta todas las disparidades históricas y geográficas en el uso de la energía y los recursos. Pero Simms no nos está pidiendo simplemente que hagamos las sumas, ni nos está insistiendo en ‘el ejercicio ineludiblemente tenso’ de poner precio a la naturaleza (2005: 88). Más bien trata de poner de cabeza las formas actuales de concebir la deuda económica, exhortándonos a ‘un reajuste fundamental de quién debe a quién en la economía internacional’ y así justificando una redistribución masiva de la riqueza a nivel global (2005: 183). A pesar de su anclaje en un modelo convencional de justicia, lo que hace que tales propuestas empiecen a resonar con el sueño de Bataille de un ‘potlatch de los tiempos modernos’ es que la superación de las actuales diferencias de riqueza no se presenta como prelude a una reasunción, cabalmente universal, del

crecimiento (Stoekl, 2007: 58). Se trata más bien de la ansiada explosión de la prosperidad occidental: un apagón impulsado por la sensación de que la inminencia de un cambio climático catastrófico hace un hazmerreír de los axiomas económicos existentes.

Lo más relevante es que no son raras tales fantasías de disipación masiva, unilateral, de las riquezas industriales entre los radicales conscientes de la problemática medioambiental. Ciertamente, la indignación por las injusticias ecológico-económicas del actual orden mundial es lo que impulsa una gran parte del pensamiento y el activismo. Pero es cuestionable que esta sensación tan arraigada de que ‘los pobres, los débiles, los hambrientos, merecen algo mejor’ requiera una hoja de cálculos precisa acerca de la inequidad y la disparidad. Al final del túnel de la racionalización de las posturas ético-políticas, lo que a menudo aparece es un deseo de tender la mano a los necesitados, algo que excede cualquier requisito de prueba, justificación o de cuantificación. En otras palabras, puede que la escritura de Bataille exija menos una revisión dramática de los sueños de la crítica radical teñida de verde, que un dar forma e intensidad a la voluntad de desprendimiento y generosidad que ya de por sí permea ese registro.

Por ponerlo de otra manera Bataille nos recuerda que la politización no necesariamente toma como su objeto un estado de cosas que ya es ‘político’. Su apertura de las economías terrenas a la dinámica del universo, como la apertura del paradigma del cambio climático a los ritmos y la pulsación de la tierra no humana, no necesariamente amenaza el imperativo de actuar de manera justa. Puede más bien extender el alcance de lo político, o apuntar hacia

un 'exceso' que anima, perennemente, las búsquedas más aventuradas de justicia.

Al menos esto es lo que sugiere Jacques Derrida (1992) con su propia concepción de una justicia que va más allá de lo debido, lo calculado o lo 'correcto'. Cualquier justicia merecedora de su nombre, plantea Derrida, no puede simplemente atender circunstancias dentro del círculo cerrado de la simple causalidad o la culpabilidad probada, pues ello la reduciría a la ley o a la economía. La justicia, en sentido su ampliado, debe ser capaz de responder a aquellos acontecimientos tan singulares o sorprendidos que carecen de precedentes o regulaciones instaladas. Debe estar preparada para ocurrir cuando 'una irrupción (...) perfora el horizonte, interrumpiendo cualquier organización performativa, cualquier convención o cualquier contexto que pueda o pudiera estar dominado por una convencionalidad' (Derrida, 2001: 245).

Derrida reconoce, sin embargo, que también es peligrosa una noción de lo justo que es inherentemente excesiva, que encarna 'una responsabilidad sin límites' (1992: 19). Porque incluso si nos mantenemos vigilantes, el giro hacia una 'justicia' que tiene algo incalculable en su corazón, una falta de contención, una compasión sin límites juega a los dados con la injusticia y la irresponsabilidad: 'abandonada a sí misma, la idea incalculable y dadivosa de justicia está siempre muy cerca de lo malo, incluso de lo peor, pues siempre puede ser reapropiada por el cálculo más perverso' (1992: 28). En ninguna parte es esta posibilidad tan ominosa, tan fatídica, como en el riesgo de que al poner en primer plano la volatilidad innata del clima de la Tierra, ocluyamos las dimensiones de la crisis actual que son 'nuestra' propia responsabilidad, y por lo tanto, sucumbamos ante los intereses que socavarían las

incipientes y frágiles arquitecturas de la gobernanza climática transnacional.

Muchos comentaristas han notado cuán fácilmente se desliza el entusiasmo de por el exceso, en Bataille, hacia una apología del egoísmo o la violencia (Nancy, 1991: 21-22, 39; Habermas, 1987: 235-236). Él mismo fue consciente de esta posibilidad, aunque no siempre fuera suficientemente atento a ella. Pero ciertamente recurre en su obra una tensión entre el crecimiento y la pérdida, el conocimiento y el no-conocimiento, lo medible y lo insondable, una lucha interminable captada en el veredicto de Edith Wyschogrod de que el sujeto de Bataille está siempre 'debatándose entre (...) la orgía y la abstinencia' (1990: 145). No menos que la propia preocupación de Bataille por la redistribución de la riqueza global, la 'visión quizá imposible de un mundo ecológicamente justo' parece exigir, a la sombra de cambios catastróficos en el clima de la Tierra, una cuantificación todavía más estricta, y ello a pesar de la necesidad de confrontar nuestro avasallamiento por los valores de intercambio. Como señala Derrida, 'la justicia incalculable nos *exige* calcular'; ella nos llama a 'negociar la relación entre lo calculable y lo incalculable' (1992: 28), dentro de una lógica aporética que ya hemos visto en el capítulo 3.

En relación con la eticización y la politización del cambio climático abrupto por venir, carecemos de directrices para una fusión de lo absolutamente inconmensurable y lo aproximadamente cognoscible, pero no deberíamos pasar por alto los recursos considerables que nos ofrecen los parlamentos expandidos de Latour. Como sugieren críticas recientes, los intentos más acuciosos que hasta la fecha pretenden calcular y regular las emisiones mundiales

pueden tener supuestos erróneos que les llevan a fracasar y les impiden ver opciones más justas y viables (Lohmann, 2005). No debemos descartar la posibilidad de que una inyección masiva de generosidad batailleana al principio del proceso pueda contribuir a abrir otras opciones. Y aun podría.

He sugerido que hay tendencias prometedoras, en ciertas corrientes de la ecología política y de la política ecologizada occidentales, hacia una justicia más allá del cálculo. Pero puede que el mundo sobreindustrializado – ‘enfermo de riqueza’, diría Bataille—no sea el único ni el mejor lugar para empezar (Land, 1992: 33). (...)

En el estudio de las economías del don, el Pacífico ha ocupado históricamente un lugar preponderante, con Marcel Mauss (1990 [1950]) a la cabeza de los relatos antropológicos disponibles de cómo los obsequios ponen en marcha relaciones de reciprocidad o contra-donación, lo que les convierte menos en una alternativa a las relaciones económicas que en precursores del intercambio racional y calculado. Es un argumento que reafirma a Europa como directriz económica-cultural, dejando al Pacífico y al resto de la periferia seguirle el paso. Ante su inminente desaparición, sin embargo, la nación insular Kiribati ha hecho un gesto para el que no puede haber reciprocidad, una ofrenda que rompe profundamente con la lógica del intercambio y con la condicionalidad del don.

En una conferencia sobre biodiversidad celebrada por Naciones Unidas en 2006, la pequeña nación del Pacífico se comprometió a donar una enorme área de sus aguas nacionales para una reserva marina, la cual abarcaría algunos de los ecosistemas de arrecifes de coral más ricos

del planeta y sería la única extensión importante de océano profundo bajo protección (Fogarty, 2008). Posteriormente, durante la recesión económica en la que muchos otros estados-nación empezaron a escatimar o a renunciar a sus obligaciones medioambientales, Kiribati anunció inesperadamente que duplicaba el tamaño de la zona designada –con lo que la reserva alcanzaba los 410,500 kilómetros cuadrados (aproximadamente el tamaño de California)–, lo que la convertía en la mayor zona marítima protegida del mundo. El oceanógrafo y climatólogo James McCarthy describió el establecimiento de la reserva como un ‘extraordinario regalo para el mundo’, mientras que el presidente de Kiribati, Anote Tong, anunció lo siguiente sobre la decisión: ‘era la oportunidad para hacer un último esfuerzo. Será nuestra contribución a la humanidad’ (citado en Whitney, 2008).

Al lado del regateo parsimonioso e instrumental que predomina en la política mundial sobre el cambio climático, la exorbitante herencia hecha por Kiribati de bienes inmuebles oceánicos transpira una nueva lógica. Es poco probable que el gesto sea desinteresado, pero hay algo profundamente provocador en responder a la perspectiva de pérdida territorial con un regalo territorial cada vez mayor: una dotación perpetua que triunfa sobre el proteccionismo con una generosidad abisal (Clark, 2010). Tengo la corazonada de que Bataille lo habría aprobado. Aunque incluso a él le habría sorprendido que uno de los actos más extravagantes de ‘despilfarro’ en nuestro tiempo procediera de uno de los países ‘más pobres’ del planeta. O debería decir, de uno de los países ‘menos enfermos de riqueza’.

## Referencias

Adam, B. (1993) 'Time and Environmental Crisis: An Exploration with Special Reference to Pollution', *Innovation in Social Science Research* 6. No. 3: 399-413.

Alley, R. (2000) *The Two-Mile Time Machine: Ice Cores, Abrupt Climate Change, and Our Future*. Princeton: Princeton University Press.

Alley, R. *et al.* (2003) 'Abrupt Climate Change', *Science* 299. (March): 2005-10.

Bataille, G. (1988) *Inner Experience*. New York. State University of New York Press.

Bataille, G. (1991) *The Accursed Share: Volume I*. New York: Zone.

Bataille, G. (1993) *The Accursed Share: Volumes II & III*. New York: Zone.

Batty, H. & Gray, T. (1996) 'Environmental Rights and National Sovereignty', in *National Rights, International Obligations*, (eds) S. Caney *et al.* Colorado: Westview Press.

Baudrillard, J. (1993) *Symbolic Exchange and Death*. London: Sage.

Beck, U. (1995) *Ecological Politics in an Age of Risk*. Cambridge: Polity Press.

Broecker, WS. (1987) 'Unpleasant Surprises in the Greenhouse', *Nature* 328 (July): 123-6.

Burroughs, WJ. (2001) *Climate Change: A Multidisciplinary Approach*. Cambridge: Cambridge University Press.

Burroughs, WJ. (2005) *Climate Change in Prehistory: the End of the Reign of Chaos*. Cambridge: Cambridge University Press.

Calvin, WH. (2002) *A Brain for all Seasons: Human Evolution and Abrupt Climate Change*. Chicago: University of Chicago Press.



Clark, N. (2000) "'Botanizing on the Asphalt'"? The Complex Life of Cosmopolitan Bodies", *Body & Society* 6. No. 3: 12-33.

Clark, N. (2005) 'Ex-orbitant Globality', *Theory, Culture & Society* 22. No. 5: 165-185.

Clark, N. (2010) 'Acquiescence: Fluid Realities and Planned Retreat', *Reading Room: A Journal of Art and Culture* 4.

Clark, N. & Stevenson, N. (2003) 'Care in the Time of Catastrophe: Citizenship, Community and the Ecological Imagination', *Journal of Human Rights* 2. No. 2: 235-246.

Cline, W. (2007) *Global Warming and Agriculture: Impact Estimates by Country*. Washington DC.: Peterson Institute.

Cooper, M. (2006) 'Pre-empting Emergence: The Biological Turn in the War on Terror', *Theory Culture & Society* 23. No. 4: 113-135.

Crutzen, P.J. (2002) 'Geology of Mankind', *Nature* 415. No. 6867: 23.

Davis, M. (1996) 'Cosmic Dancers on History's Stage? The Permanent Revolution in the Earth Sciences', *New Left Review* 217: 48-84.

Davis, M. (2008) 'Living on the Ice Shelf: Humanity's Meltdown', *TomDispatch.com* <http://www.tomdispatch.com/post/174949>

Delay, T. (2007) 'Carbon is the New Business Currency', *Director Special Supplement: The New Economy*: [http://www.director.co.uk/Content/pdfs/CarbonTrust\\_Apr07.pdf](http://www.director.co.uk/Content/pdfs/CarbonTrust_Apr07.pdf)

Demeritt, D. (2001) 'The Construction of Global Warming and the Politics of Science', *Annals of the Association of American Geographers* 91. No. 2: 307-337.

Derrida, J. (1992) "Force of Law: The 'Mystical Foundation of Authority'", in *Deconstruction and the Possibility of Justice*, (eds) D. Cornell et al. New York: Routledge.

Derrida, J. (2001a) 'The Future of the Profession or the Unconditional University', in *Derrida Downunder*, (eds) L. Simmons & H. Worth. Palmerston North: Dunmore Press.

Diprose, R. (2002) *Corporeal Generosity: On giving with Nietzsche, Merleau-Ponty, and Levinas*. Albany, NY: State University of New York Press.

Fagan, B. (2004) *The Long Summer: How Climate Changed Civilization*. London: Granta.

Flannery, T. (2005) *The Weather Makers: the history and future impact of climate change*. London: Allen Lane.

Fogarty, D. (2008) 'Kiribati creates world's largest marine reserve', *Reuters UK* (February 14): <http://uk.reuters.com/article/idUKSP23110320080214>

Foucault, M. (1987) 'Maurice Blanchot: The Thought from Outside' in *Foucault/Blanchot*, (eds) M. Blanchot & M. Foucault. New York: Zone.

Funtowicz, S. & Ravetz, JR. (1994) 'Emergent Complex Systems', *Futures* 26. No. 6: 568-582.

Giddens, A. (1994) 'Living in a Post-Traditional Society' in *Reflexive Modernization: Politics, Tradition and Aesthetics in the Modern Social Order*, (eds) U. Beck *et al.* Cambridge: Polity Press.

Giddens, A. (2009) *The Politics of Climate Change*. Cambridge: Polity Press.

Habermas, J. (1987) *The Philosophical Discourse of Modernity*. Cambridge: Polity Press.

Hansen, J. *et al.* (2008) 'Target Atmospheric CO<sub>2</sub>: Where Should Humanity Aim?', *The Open Atmospheric Science Journal* 2: 217-231.

Land, N. (1992) *The Thirst for Annihilation: Georges Bataille and Virulent Nihilism*. London: Routledge.

Latour, B. (2003) 'Atmosphère, Atmosphère', in *Olafur Eliasson: The Weather Project*, (ed.) S. May. London: Tate Publishing.

Latour, B. (2004b) *Politics of Nature*. Cambridge, MA.: Harvard University Press.

Lenton, TM. *et al.* (2008) 'Tipping Elements in the Earth's Climate System', *Proceedings of the National Academy of Sciences USA* 105. No. 6: 1786–1793.

Lohmann, L. (2005) 'Marketing and making carbon dumps: commodification, calculation and counterfactuals in climate change mitigation', *Science as Culture* 14. No. 3: 203-235.

Lovelock, J. (1987) *Gaia, A New Look at Life on Earth*. Oxford: Oxford University Press.

Lovelock, J. (2006). *The Revenge of Gaia*. London, Penguin.

Lynas, M. (2008) *Six Degrees: Our Future on a Hotter Planet*. London: Harper Perennial.

McGuire, B. (2006) 'Earth, Fire and Fury', *New Scientist* 190. No. 2553: 32-36.

Macdougall, D. (2004) *Frozen Earth: the once and future story of ice ages*. Berkeley: University of California Press.

Mauss, M. (1990 [1950]) *The Gift*. London: Routledge.

Meyer, A. (2000) *Contraction and Convergence. The Global Solution to Climate Change*. Devon: Green Books.

Nancy, J-L. (1991) *The Inoperative Community*, Minneapolis: University of Minnesota Press.

New Economics Foundation (2009) 'The NEF / Ecologist essay competition: What price carbon?', *Email Ruth Pots*, NEF.

Nietzsche, F. (1969) *Thus Spake Zarathustra*. Harmondsworth: Penguin.

Nietzsche, F. (1994) *Human, all too Human*. London. Penguin.

Pearce, F. (2006) *The Last Generation: How Nature will take her Revenge for Climate Change*. London: Eden Project books.

Pefanis, J. (1991) *Heterology and the Postmodern: Bataille, Baudrillard, and Lyotard*. Durham: Duke University Press.

Roberts, JT & Parks, BC (2007) *A Climate of Injustice*. Cambridge, MA.: MIT Press.

Scheffer, M. *et al.* (2001) 'Catastrophic Shifts in Ecosystems', *Nature* 413 (October): 591-6.

Scheffer, M. *et al.* (2009) 'Early-warning signals for critical transitions', *Nature* 461 (September): 53-9.

Simms, A. (2005) *Ecological Debt: The Health of the Planet and the Wealth of Nations*. London: Pluto Press.

Spivak, GC. (1999) *A Critique of Postcolonial Reason: Toward a History of the Vanishing Present*. Cambridge, MA.: Harvard University Press.

Stengers, I. (2000) *The Invention of Modern Science*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Stoekl, A. (2007) *Bataille's Peak: Energy, Religion, and Postsustainability*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Swyngedouw, E. (2007) "Impossible 'Sustainability' and the Post-Political Condition", in *The Sustainable Development Paradox*, (eds) R. Krueger & D. Gibbs. New York: Guilford Press.

Urry, J. (2005) 'The Complexity Turn', *Theory, Culture & Society* 22. No. 5: 1-14.

Victor, D. & House, J. (2004) 'A New Currency: Climate Change and Carbon Credits', *Harvard International Review* (Summer): 56-9.

Weber, M. (1976) *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*. London: George Allen & Unwin.

Whitney, N. (2008) 'Kiribati Leader Cites Toll of Climate Change', *The Harvard Crimson*, 23 September. Available at: <https://www.thecrimson.com/article/2008/9/23/kiribati-leader-cites-toll-of-climate/>

Wyschogrod, E. (1990) *Saints and Postmodernism: Revisioning Moral Philosophy*. Chicago: University of Chicago Press.

Yusoff, K. (2009) 'Excess, Catastrophe, and Climate Change', *Environment and Planning D: Society and Space* 27: 1010-1029.

Zillman, J. (2005) 'Uncertainty in the Science of Climate Change' in *Climate Change: The Challenge for Policy*, (eds) J. Zillman *et al.* Canberra: Academy of the Social Sciences in Australia.